

EDUARDO SAENZ 1067'

LA PLATA

BUENOS AIRES

—

1882

al Sr. Sr. Francisco Soto
y familia -

Su afecto amigo
Francisco

AL

Dr. DARDO ROCHA

LA PLATA

I

¿Qué estrépito de voces se levanta
Del Plata en las orillas altaneras,
Semejante al estruendo de sus olas
Batiendo las riberas?
¡Escuchad! Como el ruido del torrente
Que baja de la cumbre,
Resuena y se dilata el eco ardiente
Que parte de la inquieta muchedumbre.
Su voz no es el rujido
Que arrojaban las bárbaras legiones,
Empapando en la sangre del vencido
Sus rojos pabellones.

No es el clamor salvaje
Que el rostro de las víctimas azota
Con el hierro, la infamia y el ultraje.
Es el grito de júbilo que brota,
El himno de las santas expansiones
Que entonan los acentos populares,
Confundiendo plegarias y canciones
Del templo de la patria en los altares.

II

Buenos Aires, salud! En este día
De memoria inmortal para tus hijos,
El alma del poeta,
Compartiendo tus grandes regocijos,
Siente bullir la inspiración secreta.

Del fondo de la historia,
Como el disco del sol resplandeciente,
Se levanta la frente
De un genio coronado por la gloria:
Es la visión celeste
Que persiguió nuestra inmortal bandera,
Cuando llevó la vencedora hueste
Mas allá de la altiva cordillera.

Es la imájen sublime y aterrante
Que, en angustioso instante,
Surgiendo de improviso
En medio de la plebe arrodillada,
Derribó con sus manos poderosas
El ídolo de Rosas
Del altar de la Patria ensangrentada.

Tambien en esta hora
Fecunda para el pueblo, á cuyo abrigo
Por dos veces la espada vengadora
Se ha mellado en la sien del enemigo,
Hoy que su pecho generoso cobra
Nueva grandeza, la vision ardiente,
Plácida acude á celebrar su obra,
Y en el noble entusiasmo que la agita,
Cariñosa á sus plantas deposita
Una palma de honor para su frente

III

Buenos Aires, esa es la recompensa
Con que premia tus largos sacrificios
La Patria, agradecida á tu defensa.

Es ella, al repartir sus beneficios,
 Que te dedica su mejor corona;
 Es ella que al correr de zona en zona
 Repite á tus atónitos hermanos
 Que fué tan solo en tu ciudad querida
 Donde la libertad y el heroísmo
 Prepararon su tumba á los tiranos.

.

Que fué allí, entre tus hijos abnegados,
 Donde, al calor de tu robusto pecho,
 Germinó el pensamiento, cuyo rayo
 Iluminó las sendas del Derecho,
 Con la suprema irradiación de Mayo

IV

¡Y bien! es de ese tronco vigoroso
 Que en la margen del Plata, cuyo nombre
 Como presagio de grandeza lleva,
 Vástago poderoso,
 La gran ciudad del porvenir se eleva.

¡Miradla! Sobre el ancho panorama
 De la feraz llanura,
 Como raudal de vida, en el revuelto
 Dédalo de sus calles se derrama.
 El cielo esplendoroso
 Con sus fúlgidos rayos la acaricia,
 Mientras la nube errante,
 Descendiendo á su suelo mas propicia,
 Como ánfora volcada por el viento,
 En lluvia cristalina se desquicia
 Sobre el campo sediento.

Aquí todo sonríe á la esperanza ;
 Aquí la fuerza activa
 Del trabajo, contempla en lontananza
 Una inmensa y grandiosa perspectiva.

Ese es el escenario
 Espléndido, en que nace y se levanta
 « La Plata » á orillas del gigante estuario.

V

El Rio, con su eterno movimiento,
Le dá el ejemplo, siempre repetido,
De la accion que fecunda el pensamiento.
Su imperturbable magestad le inspira
Esa conciencia de la propia fuerza
Que salva á las naciones,
Cuando la suerte adversa
Contra su paz y su poder conspira.
Èl le dice tambien que la riqueza
No descubre sus ávidos tesoros
A la indolente mano
Que el ócio criminal y la pereza
Apartan del trabajo soberano.
Èl le dice que fije sus miradas
En su vasta llanura movediza,
Y salvando sus límites inciertos
Con sus naves repletas y arrojadas,
Vaya á buscar la mies de las ideas
En los lejanos puertos
De las fecundas costas europeas.

Ese es su derrotero ;
Allí se encuentra el gérmen
Que ha de hacer su progreso duradero.

VI

Cuando la noche á tu recinto baje,
Y te bañen los rayos de la luna,
El Plata, con la voz de su oleaje,
Arrastrándose al borde de tu cuna,
Para arrullar tus sueños virginales,
Te contará aquel trágico suceso,
Que, turbando sus ondas cristalinas,
Dejó con sangre en nuestra historia impreso
El triunfo de las naves argentinas.

Èl será el misterioso confidente
Que hablándote de gloria y de esperanza
Velará junto á tí constantemente.
Y el dia que, siguiendo otro camino,
Se desviarán tus pasos extraviados
Del rumbo que te marca tu destino;
El dia que cobarde ó rezagada
Olvidaras las santas tradiciones
Del pueblo que te dá con la existencia
La inmarcesible herencia
Escrita en sus trofeos y pendones;

Entonces, que ese río
 Que hoy acude sumiso á celebrarte,
 Quebrantando sus límites rebelde,
 Sepa también, bravío,
 En sus olas airadas sepultarte!

VII

Cuando el Gran Capitan en el destierro,
 Próxima su alma á abandonar la vida,
 Espiraba en un lecho de miserias,
 De súbito encendiéronse sus ojos
 Con violenta y suprema llamarada;
 La sangre congelada en sus arterias
 Se ajitó en su cabeza inanimada,
 Y clavando su vista centellante
 En su invencible acero,
 Exhaló de su pecho agonizante
 Un profundo suspiro lastimero.

Es que vió en sus postreras convulsiones
 La imájen de la patria libertada
 Cruzar despedazada
 Por la garra de todas las pasiones.

Hoy que habita la paz nuestros hogares,
Y á todos nos cobija una bandera
Sin ódios, sin rencores ni pesares,
Que la sombra del héroe protectora
¡Oh, ciudad que despiertas á la vida!
Descienda á tus umbrales,
Y, acogiendo esta súplica ferviente,
Te señale, como único aliciente,
La huella de los rumbos inmortales!

EDUARDO SAENZ.

Noviembre 19 de 1882.
